

JORGE SANTAYANA Y LOS ACONTECIMIENTOS DE 1898

GARCÍA MARTÍN, Pedro

Aunque nacido en Madrid, criado en Ávila y educado en Boston, Jorge Santayana nos habla de un sustrato anterior mucho más "exótico". Su padre y su abuelo materno habían sido funcionarios españoles en Las Filipinas durante las décadas de 1840 y 1850. Su padre y su madre se habían conocido en aquellas tierras y el padre, don Agustín Ruiz de Santayana había escrito incluso un librito sobre la isla de Mindanao. Jorge Santayana sintió por tanto ese mundo colonial muy próximo desde niño, según nos confiesa:

"Desde niño he vivido en presencia imaginaria de interminables espacios oceánicos, islas de cocoteros, inocentes malayos, y continentes inmensos plagados de chinos, finos y laboriosos, obscenos y filosóficos. Era normal en mí, pensar en escenarios y costumbres más agradables que las que me rodeaban. Mis propios viajes nunca me habían alejado de las fronteras de la Cristiandad y la respetabilidad, y principalmente me habían llevado de un lado al otro del Atlántico –treinta y ocho fastidiosas travesías–; pero en mi interior siempre he visto estas cosas con un fondo irónico enormemente vacío, o desgranándose, como la Polinesia, en pequeños reductos de abigarrada humanidad"¹.

En España, por contraste, los colores de la época estaban mucho más deslucidos y Santayana también los conocía bien, pues no sólo había pasado en este país los primeros nueve años de su vida, sino que a él volvía

¹ "A General Confession" en "The Philosophy of George Santayana". Editor: Paul Arthur Schilp. pág. 4.

con frecuencia a pasar temporadas con su padre y, posteriormente, con su hermana Susana, en Ávila. De España le llegaban con cierta frecuencia publicaciones periódicas y correspondencia y, en todo caso su nacionalidad y su pasaporte siempre fueron oficialmente los españoles².

Sin embargo, Jorge Santayana era en 1898 un ilustre profesor en el departamento de filosofía de la Universidad de Harvard, además de ser conocido como poeta de cierta altura y talento en los círculos culturales y académicos en los que se movía. Participaba en debates intelectuales y estaba plenamente inmerso en la cultura de los Estados Unidos de América. En el plano profesional, había estudiado cursos de posgrado en Alemania y realizado su tesis doctoral sobre el filósofo Rudolf Hermann Lotze en 1889, año en el que también comenzó su docencia en Harvard. En 1894 había publicado su primer libro de poemas *Sonnets and Other Verses* y en 1896, su primer libro de filosofía estética *The Sense of Beauty*. Durante el curso 1896-1897 había disfrutado, como profesor de Harvard, de una licencia sabática estudiando filosofía en King's College, en Cambridge.

El sustrato colonial, las raíces españolas y la educación norteamericana iban a conformar, o más bien habían conformado ya, el carácter de un joven que en el plano personal íntimo también tenía su bagaje de experiencias vividas a través del camino recorrido.

Aunque Santayana, como dice su personaje Oliver en *El Último Puritano* —"I was born old"³—, siempre tuvo un mentalidad de viejo en el más positivo y sabio sentido de la palabra viejo, también es verdad que de niño y de joven alimentó y participó de una serie de ilusiones o vinculaciones más o menos terrenales. Cultivó, por ejemplo, afectos familiares, muy en particular el de su padre y el de su hermana Susana; participó, por ejemplo, muy seriamente de las creencias religiosas inculcadas principalmente por su hermana Susana; disfrutó, en fin, con las mieles de la amistad, en plural, no sólo durante los años estudiantiles en Harvard a través de los clubes a los que perteneció, sino más tarde, siendo ya instructor en aquella universidad, a través de profundas relaciones de camaradería con estudiantes bastante más jóvenes que él, siendo la más representativa quizá la establecida con Warwick Potter. Pues bien, gran parte de esta comunión con la realidad del mundo, desde luego jamás excesivamente apasionada,

² Para una referencia más amplia sobre las raíces españolas de Santayana ver *El Sustrato Abulense de Jorge Santayana* editado por la Institución "Gran Duque de Alba" de la Excma. Diputación de Ávila. 1998.

³ *The Last Puritan. Critical Edition. The MIT Press, 1994, pág. 553.*

fue apagándose con el propio siglo y precisamente en la última década, coincidiendo con el final oficial de su juventud, recibió los golpes definitivos para quedar reducida a la mínima expresión. La desilusión progresiva y el desencanto de la vivencia religiosa, la muerte de su padre y de su íntimo amigo Warwick Potter en 1893, el matrimonio de su hermana Susana, con lo que ello conllevaba de claudicación para ella y decepción para él, la insatisfacción profesional en Harvard y el distanciamiento de los lugares donde él imaginaba su felicidad, principalmente en Ávila e Inglaterra, todas estas circunstancias confluyeron para configurar esa etapa decisiva de su vida y de su evolución espiritual que él denominó "su meta-noia" y que lo dejó definitivamente asentado en esa plataforma vital tan típicamente suya del "detachment" o desasimiento de la realidad inmediata para apuntalar sus aptencias y aspiraciones en lo eterno, en lo que él denominó "el reino de las esencias".

Hay que entender, sin embargo, que este asentimiento no surgió repentinamente en Santayana con motivo de las decepciones anteriormente expuestas. Nada en Santayana surge con brusquedad. Unos años antes, habiendo leído el poema de Goethe titulado "Vanitas, vanitatum, vanitas" en el que un soldado va poniendo sucesivamente sus afanes en el dinero, en las mujeres, en los viajes, en la reputación y en la guerra hasta quedar decepcionado por todas esas cosas, tras lo cual, renuncia a la ambición y conquista el mundo idealmente, Santayana queda impresionado y convierte el mensaje de esa canción en una especie de lema⁴ y en él se inspira para componer sus propios versos de un poema titulado en un principio "Resignation" (1888) y que luego aparecen revisados en el discurso del "Pesimista" en el poema "Six Wise Fools" (Seis Tontos Sabios). En él cuenta, a través de las sucesivas estrofas cómo había ido poniendo su corazón en ser bueno, en ser sabio, en hacer amigos, en una chica, en contemplar las cosas, en la política, hasta concluir con la última estrofa que expresa su renuncia y su resignación de esta manera:

I set my heart on nothing now
But bless the gifts of every minute,
Holding my hand beneath life's bough
That the ripe fruit may fall within it.
With the world breathing at my feet
I find the sunset stillnes sweet,
And with the night wind on my brow
I set my heart on nothing now.

Ahora no pongo el corazón en nada
Sólo bendigo los dones de cada momento,
Poniendo la mano bajo la rama de la vida
Para que en ella caiga el fruto maduro.
Con el mundo respirando a mis pies
Descubro la dulce quietud del ocaso,
Y con el viento nocturno en mi frente
Ahora no pongo el corazón en nada.

⁴ Referencia a la Canción de Goethe e interesante reflexión sobre ella en *Persons and Places Critical Edition*. The MIT Press. 1986, págs. 420 y 427.

Tenía entonces el poeta tan solo 24 años y anunciaba ya el rasgo que iba a convertirse en una de las principales señas de identidad de su pensamiento filosófico hasta el final de sus días. Así pues, en 1898, diez años después de la confección de ese poema, nos encontramos a un Santayana maduro, que ha asimilado ya esa "metanoia" particular, recién llegado de un año sabático de reflexión y estudio en Inglaterra con pensadores importantes como Beltrand Russell, G. E. Moore y J. MacTaggart, y que se encuentra con un ascenso académico a "Catedrático Asociado" de la Universidad de Harvard. Ya no era un joven ni personalmente ni profesionalmente. Su mente está formada y su pensamiento, consolidado. Y es entonces cuando tienen lugar los acontecimientos bélicos que todos conocemos y que enfrentan a España y a los Estados Unidos de América.

Frente a la anquilosada y decadente onda expansiva de España, consecuencia evidente del cuadro clínico interior, los Estados Unidos de América muestran justamente la imagen opuesta. A partir de su guerra civil y hasta el período de cambio de siglo que nos ocupa, la sociedad estadounidense y con ella su gobierno experimentaban un sentimiento pletórico generalizado de expansión, de progreso, de optimismo, de ilusión, de afirmación y de proyección de energía, típicos de la juventud que acaba de superar los traumas del acné, de la timidez y de la inseguridad propias de la pubertad. Ahora el país era como un mozo maduro, lleno de vigor, de ambición y de posibilidades y dispuesto a ocupar el lugar que creía le correspondía en el mundo sin detenerse demasiado en los límites que marcaban los territorios de otros, evidentemente más débiles o apocados que él. A un joven de esas características no se le puede andar con monsergas morales, ni amonestaciones, reconvenencias o advertencias sobre el polvo del que procede y el polvo en el que se va a convertir. Él simplemente quiere hacer y hacer, y los únicos mensajes que escucha son el aliento, la instrucción práctica y el aplauso.

Santayana va a destacar precisamente por ser un buen observador de esa realidad, por comprenderla inteligentemente y por saber plasmar magistralmente una síntesis entre las distintas fuerzas litigadoras que conforman el devenir histórico de la humanidad. Las obras maestras vendrían después, pero los acontecimientos de 1898 inspiraron dos piezas literarias muy representativas de nuestro pensador poeta y dirigidas respectivamente a los dos mundos contendientes a los que él perteneció, el de su España nativa y el de los Estados Unidos. Me refiero, por un lado a su largo poema "Spain in América" y por otro a "Young Sammy's Wild Oats".

Aunque los subtítulos de estos poemas dicen que "Spain in América" fue escrito "tras la batalla de Santiago, en 1898" y "Young Sammy's Wild

Oats" "ante las elecciones de 1900", en realidad el segundo poema fue publicado antes que el primero. "Young Sammy's Wild Oats" fue escrito para ser leído en 1900, en el 30 aniversario de un club literario de Harvard al que pertenecía Santayana y que fue publicado primeramente en "The Harvard Lampoon Suplement" en noviembre de 1900, y posteriormente en versión definitiva en *The Hermit of Carmel and Other Poems*, en 1901 en Nueva York por la editorial Charles Scribner's Sons. Este poema, más que desde el punto de vista literario, ha sido apreciado desde el punto de vista cultural como una primera versión muy interesante de la teoría de Santayana sobre la "Tradición Gentil" que tanto ha marcado la historia de la cultura de los Estados Unidos y una primera muestra del subyacente concepto de Santayana sobre la democracia.

En las elecciones de 1900, se presentaba el presidente en el cargo, William McKinley y el aspirante, que también había sido derrotado en las anteriores elecciones, William Jennings Bryan. La guerra hispano-norteamericana de 1898 había tenido lugar durante el primer mandato de McKinley y la sociedad estaba dividida frente al conflicto imperialista. Santayana también se veía obligado a fijar su posición intelectual frente a un conflicto que tenía por protagonistas precisamente a sus dos países. Es aquí, por tanto, donde resultan pertinentes los datos biográficos expuestos anteriormente porque Santayana decide, en primer lugar, no lamentarse por la derrota española, en segundo lugar, intentar comprender y explicar, nunca aprobar, la lógica de los impulsos expansionistas norteamericanos, y en tercer lugar, lo que para él era más importante, analizar de manera, crítica la postura de los intelectuales anti-imperialistas norteamericanos, entre los que destacaba muy por encima de los demás, su propio maestro y ahora colega de departamento de Harvard, el influyente William James. Estos intelectuales liberales trataban, para Santayana ingenuamente, de que los Estados Unidos se mantuvieran como un país verdaderamente fuerte, pero sin la ignominia moral que suponía el expansionismo geográfico, fieles a las ideas constitucionales de sus románticos principios.

Para entender este debate intelectual que está en la base del poema "Young Sammy's Wild Oats" y también de "Spain in América" es preciso transcribir aquí la larga referencia que Santayana hace en su autobiografía *Personas y Lugares* a una conversación que tuvo lugar en el departamento de Filosofía de Harvard con el profesor George Herbert Palmer y con Williams James a raíz de los enfrentamientos bélicos del momento. Lo cuenta así:

"Una tarde del otoño de 1898 estábamos en la biblioteca de Palmer después de una breve reunión de trabajo, y la conversación recayó en las condiciones de paz impuestas por los Estados Unidos a España después de la guerra de Cuba. James estaba terriblemente afligido. Dirigiéndose a si mismo más que a Palmer, quien se encontraba evidentemente disfrutando de los agradables rayos del sol que se ponía a sus espaldas y de la espaciosa comodidad general de su biblioteca (vivía entonces en la antigua casa del Presidente, en la esquina de Quincy Street), James dijo que tenía la impresión de haber perdido a su país. Podría defenderse la intervención en Cuba, dada la continuidad del mal gobierno allí y el sufrimiento de los indígenas. Pero la anexión de las Filipinas, ¿Qué disculpa tenía eso?, ¿Podía haber traición más vergonzosa de los principios americanos?, ¿Podía darse un síntoma más claro de codicia, ambición, corrupción e imperialismo? Palmer aprobó con una sonrisa, pero vio la otra cara. Toda tesis tiene su antítesis, la síntesis sería en último término para el bien general, y el curso de la historia era el verdadero juicio de Dios. Ésas no fueron sus palabras, pero sus pequeñas vaguedades así podría interpretarlas cualquiera entre bastidores.

En cuanto a mí, no podía menos de sentirme molesto por esas maneras de maestro de escuela del gobierno americano, metiéndose, vara en mano, en el jardín del vecino a zanjar las riñas infantiles y a hacerse el amo del lugar. Sin embargo así ha sido el mundo desde el principio de los tiempos, y si de algo había que quejarse, era de la manera de la invasión más que del hecho en sí. Para mí la tragedia estaba más en la debilidad española que en la prepotencia americana: el tío Sam habría seguido considerando a todos los hombres libres e iguales, si todos los demás hombres se hubieran mostrado tan fuertes como él. Pero la debilidad española proviene sólo de flaqueza quijotesca debida a una desproporción tragicómica entre el espíritu y la carne. Los recursos del país y los humanos no serían desdeñables si se les administrara prudentemente y se les destinara a desarrollar en el propio país, según su natural inspiración, una vida austera, apasionada e inteligente para el alma. El imperio ultramarino español había tenido su gloria, y su final, por muy severo que fuera el roce con mis recuerdos familiares, a mí me pareció casi un alivio. Yo no soy de los que sueñan con una América Hispana, sujeta en el futuro a la influencia de la madre patria. Dejemos, digo yo, que la América hispana y la América inglesa sean tan originales como puedan; lo mejor de España, como lo mejor de Inglaterra, no puede emigrar.

Yo me sentía por tanto mucho más tranquilo respecto a esta patética guerra que William James, o que "Tía Sarah", a quien había visitado en junio, de camino hacia Europa. Ella, la madre del heróico coronel Shaw del regimiento de color de Massachusetts, ya se había escandalizado de McKinley, incluso antes de que se hablara de las Filipinas. En la calle, frente a sus ventanas, ondeaba una gran bandera norteamericana. "¡Ojalá pudiera arrancarla!" exclamó, tratando quizás de condescender un poco con mis simpatías españolas, pero movida principalmente por la traición, tal como lo veía, de los verdaderos principios americanos. "No, no", le dije, "es triste para España, pero era inevitable antes o después. McKinley sólo está sometiéndose a 'force majeure'". No era yo el único que pensaba así. Cuando se anunció el armisticio, bajé enseguida a Ávila desde París. Al acercarnos a la frontera, una alegre multitud de jóvenes excursionistas, hombres y mujeres bien vestidos, llenaron el tren de risas y chillidos. Era gente española de excursión a San Sebastián a ver los toros. En Irún ni siquiera me pidieron el pasaporte. Y en Ávila encontré a todo el mundo tan resignado y filosóficamente triste como yo, o como cualquier sabio de la antigüedad.

¿Por qué estaba William James tan molesto por un acontecimiento cuyas propias víctimas podían tomarse con tanta tranquilidad? Porque él mantenía una falsa visión moralista de la historia, al atribuir los acontecimientos a las intenciones conscientes y a la libre voluntad de los individuos; mientras que los individuos, especialmente los que están en el gobierno, son criaturas de la circunstancia y esclavos de los intereses creados. Estos intereses podrán ser más o menos nobles, románticos, o sórdidos, pero inevitablemente enredan y subyugan a los hombres de acción. Los dirigentes no podrían actuar o mantenerse en sus puestos si no sirvieran a los impulsos activos de las masas, o de alguna parte de ellas. Las catástrofes ocurren cuando alguna institución dominante, inflada como una pompa de jabón y aún en pie sin fundamentos, se derrumba de repente al toque de lo que puede parecer una palabra o una idea, pero es en realidad una fuerza material más vigorosa. Esta fuerza es en parte la de las circunstancias cambiantes, y en parte la de las pasiones que cambian; pero las pasiones son, en sí, impulsos físicos que maduran a su tiempo, y a menudo, epidémicas, como las enfermedades contagiosas. Hubiera sido de esperar que James, que era médico y pragmático, percibiera esto, y había momentos en que lo percibía. Pero la prevaleciente tradición era en él literaria y teológica, y se lamentaba desconsoladamente de haber perdido a su país, cuando su país, que empezaba a jugar su papel en la historia del mundo, parecía dejar a un lado un ideal que él

inocentemente había esperado que siempre lo guiaría, porque este ideal había recibido elocuente expresión en la Declaración de Independencia. Pero la Declaración de Independencia era una pieza literaria, una ensalada de ilusiones. La admiración por el buen salvaje, por los antiguos romanos (cuya república se fundó sobre la esclavitud y la guerra), mezclada con las máximas quietistas del Sermón de la Montaña, puede inspirar a Rousseau pero no puede guiar a un gobierno. Las Colonias norteamericanas estaban ensayando la independencia y estaban preparadas para ella. Eso es lo que dio a la declaración de su independencia oportunidad y peso político. En 1898 los Estados Unidos estaban ensayando el dominio sobre la América tropical y dispuestos a organizarlo y legalizarlo; les servía a sus intereses comerciales y militares y a sus pasiones imaginativas. Con tales antecedentes y oportunidades la intervención se hacía inevitable, antes o después. La dominación era el fin, fuera cual fuera el lenguaje o incluso el pensamiento de los individuos. William James no había perdido a su país, su país gozaba de buena salud y estaba alcanzando la pubertad. Él simplemente se había extraviado en su historia fisiológica.

La indignación de James por la anexión de las Filipinas era por tanto, desde mi punto de vista, meramente accidental. No indicaba simpatía alguna por España ni por nada de lo que en la historia me interesa y me deleita. Era, por el contrario, una declaración de principios totalmente opuestos a los míos; mucho más incluso que los impulsos de la joven, ambiciosa y emprendedora América. Estos impulsos puede que ignoren o incluso ultrajen todo lo que más aprecio, pero me placen no obstante por su honesto entusiasmo y vitalidad⁵.

Hasta aquí esta interesantísima confesión de Santayana, de un nivel intelectualmente puro, más allá de fanatismos, partidismos o, en este caso, patriotismos circunstanciales. Lo que esta larga cita nos permite es entender el debate que estaba en la base de la inspiración de Santayana a la hora de escribir "Young Sammy's Wild Oats", el poema que traduciremos como "Las Primeras Correrías del Joven Sammy" (o si queremos, de manera algo más informal, "Las Primeras Canitas al Aire del Joven Sammy") y en el que se nos cuenta la conversación entre el viejo diácono Plaster ("emplasto", en inglés) y el doctor Wise ("sabio", en inglés) que era el pastor o sacerdote. El diácono, que representa a William James y con él a los intelectuales preocupados por la trayectoria que iba tomando la política norteamericana, muestra su preocupación por la conducta del joven Sammy, el americano hijo y heredero del

⁵ *Persons and Places* págs. 402-405.

Tío Sam, que había logrado establecerse en los amplios acres de terreno que constituían su rancho. El impulsivo Sammy ha llevado a cabo su primera escapada juvenil.

"A la fiesta criolla de la ciudad
Donde el propio sol contamina
Y la fiebre se respira.
Ha conocido tres mocitas
Que le han ofrecido entradas libres
A sus fortunas y a sus corazones"⁶.

Naturalmente que Santayana se está refiriendo a Puerto Rico, las Filipinas y el protectorado de Cuba. Admite el diácono, en el caso de la "puertorriqueña".

"Que la picaruela lo buscaba"

pero, las otras dos fueron claramente violadas ("ravished") y, acordándose de la rectitud del Tío Sam, dice que si éste viviera, esos pecados de su hijo Sammy lo llevarían a la tumba. El Diácono Plaster quiere por lo tanto condenar las aventuras inmorales de Sammy y convencer al Pastor doctor Wise, que representa al propio Santayana, de que haga lo mismo en sus sermones. Pero Doctor Wise no se deja llevar por impulsos irracionales inmediatos e insta al Diácono a intentar comprender los instintos y el comportamiento del joven en vez de rechazarlos de plano. Le dice que ambos son viejos, que en realidad nunca fueron jóvenes y que sus mentalidades están anticuadas y anquilosadas y son, en cierto modo, culpables de la nueva situación.

"Con sangre joven y caliente en sus venas,
Ahora los profetas del mañana
Manejan la espuela y sostienen las riendas.
¿Podemos culparles? Culpémonos a nosotros más bien
Por haber dicho cosas sin sustancia.
Nuestras falsas profecías nos avergonzarán
Al igual que nuestras débiles imaginaciones.
¡Libertad! ¡delicioso sonido!
Al mundo le encantaba y es gratis.
Pero ¿qué es la libertad? Estar obligados
Por una mayoría aleatoria.
Pocos son los ricos y muchos los pobres,
Aunque las mentes se muestran todas descoloridas.

⁶ "Young Sammy's First Wild Oats" en *The Complete Poems of George Santayana. A Critical Edition*. William G. Holzberger. Bucknell University Press. 1979. Pág. 237. Versos 30-36.

La igualdad no la aseguramos,
La mediocridad, sí⁷.

Palabras fuertes, como vemos, para cualquier sociedad en ebullición democrática, pero ya sabemos que desde esa etapa de "metanoia" espiritual descrita anteriormente, Santayana no cultivaba ya ilusiones vanas, sino que se dedicaba a observar y describir la realidad tal cual es y a extraer de esas experiencias las esencias de la vida, sin cambiar ilusoriamente la naturalidad del joven Sam.

"En cuanto a Sam, el hijo, me pregunto
Si conoces su corazón:
Puede que algo haya debajo
Más noble que el exterior.
Cuando le dijo a esa señorita
Que la besaba y la abrazaba
Como un hermano, ¿la engañó?
¿Se engañó a sí mismo? ¿Quién sabe?
Que le gustaba, es cierto;
Que la dañó, no es verdad.
Sobre sus pensamientos, corro un velo;
No los conozco, ni tú tampoco.
En su doncella, la fácil Rica,
Tenemos un caso bien distinto.
Apenas fue a buscarla
Cuando ella se echó a sus brazos.
Confieso que fue indecoroso,
Pero ¡ay! la carne es débil.
Las cosas habían ido demasiado lejos para soltarla;
Enredados estaban entre sí.
Pero con esa pobre Filipina,
Cuando de su caricia se escurrió,
Su despreciable conducta
No es fácil de expresar.
Primero la compró, después la golpeó
Pero lo cierto es que estaba borracho,
Porque ese día lo coronó vencedor
Y una flota española se hundió"⁸.

⁷ "Young Sammy's First Wild Oats" Versos 94-108 (pág. 23).

⁸ "Young Sammy's First Wild Pats". Versos 141-168 (pág. 240-241).

Santayana no es ciego ante lo ocurrido con "esa señorita" (Cuba), con Rita (Puerto Rico) y con Filipina (Las Filipinas), pero se muestra comprensivo y busca las raíces y la evolución natural de las cosas y no se escandaliza por lo que la naturaleza provoca y la vida se encarga de limar. ¿Se entenderán sus palabras a este lado del Atlántico cien años después? El sermón de Doctor Wise acaba pidiendo que se le deje al joven firmar su "declaración de dependencia del mundo" y la moraleja final añadida que el poeta nos deja es ésta:

"Ahora y cuando a votar vayais,
Sed tan indulgentes como podáis
Con "las Primeras Correrías del Joven Sammy"⁹.

Hasta aquí lo que Santayana tenía que decir de uno de los dos implicados en la guerra. Nos falta la versión literaria sobre la otra cara de la contienda, la magullada cara de España.

Santayana no era un hombre insensible, pero era desapasionado y racional o, más bien, según su propio concepto, espiritual. El poema "Spain in America" es una clara muestra de ese estado de resignación y aceptación natural de las cosas como son, que Santayana había alcanzado y que él mismo describe en la referencia de *Persons and Place* mencionada en páginas anteriores. Una especie de respuesta a los acaloramientos personales que a ambos lados del Atlántico eran tan usuales en aquellos días, y de los que el propio Santayana no se vio libre en su entorno de relaciones personales y familiares. John McCormick, en su exhaustiva biografía de Santayana nos cita una carta de Frank Russel de mayo de 1898 en la que se muestra el alborozo por el lado americano y, por otro lado, menciona la carta de Susana, la hermana de Santayana, que desde Ávila escribía con satisfacción ante el asesinato de McKinley. Santayana contesta a su hermana diciéndole:

"Ya veo que interpretas el fin de McKinley como una sentencia del cielo: Hubo otras personas quizás más culpables respecto a la guerra, la cual me temo no podría haberse evitado en último término, dada la incompetencia de España y los instintos sentimentales y acaparadores del público americano"¹⁰.

En el mismo tono "Spain in América" no muestra ni un solo rasgo de alteración afectiva frente a los hechos. El poema comienza con una des-

⁹ "Young Sammy's First Wild Pats". Versos 222-224 (pág. 242).

¹⁰ JOHN McCORMICK *George Santayana. A Biography* Ed. Alfred A. Knopf New York 1987
pág. 131.

cripción breve de la destrucción de la escuadra española en el puerto cubano para pasar en seguida a esbozar una reflexión profunda sobre la historia de España y su aventura en América. El lamento no es en ningún caso por la pérdida de las colonias, sino por el lamentable estado de deterioro interno del país hispano. Sin embargo, un halo de esperanza impregna la invocación final a ese enigmático espíritu del norte, la propia esperanza del poeta de ver unidos el impulso pragmático y agresivo del nuevo mundo y el artístico espíritu de contemplación e imaginación del antiguo; la promesa de lo nuevo junto al deleite espiritual de lo clásico; la energía del país norteamericano junto al legado cultural español. Este es el mensaje de reflexión y superación que nos deja el poema que transcribimos completo a continuación.

Not was the power of armada's armament greater than man's
From both numbers, no human crew could have met it and
Lived to tell the tale; but still the battle of the Atlantic meant all
that we desire, an ironclad peace and the return of our
Great longing, that the Spaniard may return to his home land

SPAIN IN AMÉRICA

Written after the destruction of the spanish fleet in the battle of Santia-
go, in 1998

When scarce the echoes of Manda Bay,
Circling each slumbering billowy hemisphere,
Had met where Spain's forlorn Armada lay
Locked amid hostile hills, and whispered near
The double omen of that groan and cheer—
Haste to do now what must be done anon
Or some mad hope of selling triumph dear
Drove the ships forth: soon was Teresa gone,
Furór, Plutón, Vizcaya, Oquendo, and Colón.

And when the second morning dawned serene
O'er vivid waves and foam-fringed mountains, dressed
Like Nessus in their robe's envenomed sheen,
Scarce by some fiery fleck the place was guessed
Where each hulk smouldered; while from crest to crest
Leapt through the North the news of victory,
Victory tarnished by a boorish jest*
Yet touched with pity, lest the unkindly sea
Should too much'aid the strong and leave no eneny.

As the anguished soul, that gasped for difficult breath,
Passes to silence from its house of pain,
So from those wrecks in fumes of lurid death,
Passed into peace the heavy pride of Spain,

*Admiral Sampson ssaid he made a Fourth of July present of the Spanish fleet to the American people, although all the ships had been sunk and none captured.

Passed from that aching tenement, half fain,
Back to her castled hills and windy moors,
No longer tossed upon the treacherous main
Once boasted hers, which with its watery lures
Too long enticed her sons to unhalloved sepultures.

II

Why went Columbus to that highland race,
Frugal and pensive, prone to joye and ire,
Despising kingdoms for a woman's face,
For honour riches and for faith desire?
On Spain's own breast was snow, within ft fire;
In her own eyes and subtle tongue was mirth;
The eternal brooded in her skies, whence nigher
The trebled starry host admonished earth
To shame away her grief and mock her baubles' worth.

Ah! when the crafty Tyrian carne to Spain
To barter for her gold his motley wares,
Treading her beaches he forgot his gain.
The Semite became noble una:wares.
Her passion breathed Hamilcar's cruel prayers;
Her fiery winds taught Hannibal his vows;
Out of her tribulations and despairs
They wove a sterile garland for their brows.
To her sad ports they fled before the Roman prows.

And the Greek coming too forgot his art,
And that large temperance which made him wise.
The wonder of her mountains choked his heart,
[Je languor of her gardens veiled his eyes;
He dreamed, he doubted; in her deeper skies
He read unfathomed oracles of woe,
And stubborn to the onward destinies,
Like some dumb brute before a human foe,
Sank in Saguntum's flames and deemed them brighter so.

The mighty Roman also when he carne,
Bringing his gods, his justice, and his tongue,
Put off his greatness for a sadder fame,
And what a Caesar wrought a Lucan sung.

Nor was the pomp of his proud music, wrung
From Latin numbers, half so stem and dire,
Nor the sad majesties he moved among
Half so divine, as her unbreathed desire.
Shall longing break the heart and not untune the lyre?

When after many conquerors carne Christ,
The only conqueror of Spain indeed,
Not Bethlehem nor Golgotha sufficed
To show him forth, but every shrine must bleed
And every shepherd in his watches heed
The angels' matins sung at heaven's gate.
Nor seemed the Virgin Mother wholly freed
From taint of ill if born in frail estate,
But shone the seraphs' queen and soared immaculate.

And when the Arab from his burning sands
Swept o'er the waters like a heavenly flail,
He took her lute into his conquering hands,
And in her midnight turned to nightingale.
With woven lattices and pillars frail
He screened the pleasant secrets of his bower,
Yet little could his subtler arts avail
Against the brutal onset of the Giaour.
The rose passed from his courts, the muezzin from his tower.

Only one image of his wisdom stayed,
One only relic of his magic lore,—
Allah the Great, whom silent fate obeyed,
More than Jehovah calm and hidden more,
Allah remained in her heart's kindred core
High witness of these terrene shifts of wrong.
Into his ancient silence she could pour
Her passions' fravity- He alone is strong
And chant with lingering wail the burden of her son&

Seizing at Covadonga the rude cross
Pelayo raised amid his mountaineers,
She bore it to Granada, one day's loss
Ransomed with battles of a thousand years.
A nation born in harness, fed on tears,
Christened in blood, and schooled in sacrifice,
All for a sweeter music in the spheres,

All for a painted heaven - at a price
Should she forsake her loves and sail to Ind for spice?
Had Genoa in her merchant palaces
No welcome for a heaven-guided son?
Had Venice, mistress of the inland seas,
No ships for bolder venture? Pisa none?
Was sated Rome content? Her mission done?
Saw Lusitania in her seaward dreams
No floating premonition, beckoning on
To vast horizons, gilded yet with gleams
Of old Atrantis, whelmed beneath the bubbling streams?

Or if some torpor lay upon the South,
Tranced by the might of memories divine,
Dwelt no shrewd princeling by the marshy mouth
Of Scheldt, or by the many mouths of Rhine?
Rode Albion not at anchor in the brine
Whose throne but now the thrifty Tudor stole
Changing a noble for a crafty line?
Swarmed not the Norsemen yet about the pole,
Seeking through endless mists new havens for the soul?

These should have been thy mates, Columbus, these
Patrona and partners of thy enterprise,
Sad lovers of immeasurable seas,
Bound to no hallowed earth, no peopled skies.
No ray should reach them of their ladies' eyes
In western deserts: no pure minstrel's rhyme,
Echoing in forest solitudes, surprise
Their heart with longing for a sweeter clime.
These, these should found a world who drag no chains of time.

In sooth it had seemed folly, to reveal
To stubborn Aragon and evil-eyed
These prilous hopes, folly to dull Castile
Moated in jealous faith and walled in pride,
Save that those thoughts, to Spain's fresh deeds allied,
Painted new Christian conquests, and her hand
Itched for that sword, now dangling at her side.
Which drove the Moslem forth and purged the land.
And then she dreamed a dream her heart could understand.

Three caravels, a cross upon the prow,
 A broad cross on the banner and the sail,
 The liquid fields of Hesperus should plough
 Borne by the leaping waters and the gale.
 Before that sign all hellish powers should quail
 Troubling the deep: no dragon's obscene crest,
 No serpent's sñimy coils should aught avail,
 Till ivory cities looming in the west
 Should gleam from high Cathay or Araby the Blest.

Then, as with noble mien and debonair
 The captains from the galleys leapt to land,
 Or down the temple's alabaster stair
 Or by the river's marge of silvery sand,
 Proud Sultans should descend with outstretched hand
 Greeting the strangers, and by them apprised
 Of Christ's redemption and the Queen's command,
 Being with joy and gratitude baptised,
 Should lavish gifts of price by rarest art devised.

Or if (since churls there be) they should demur
 To some least point of fealty or faith,
 A champion, clad in arms from crest to spur,
 Should challenge the proud caitiffs to their death
 And, singly felling them, from their last breath
 Extort confession that the Lord is lord,
 And India's Catholic queen, Elizabeth.
 Whereat yon turbaned tribes, with one accord,
 Should beat their heathen breasts and ope their treasures' hoard.

Or, if the worst should chance and high debates
 Should end in insult and outrageous deed,
 And, many Christians rudely slain, their mates
 Should summon heaven to their direful need,
 Suddenly from the clouds a snow-white steed
 Bearing a dazzling rider clad in flames
 Should plunge into the fray: with instant speed
 Rout all the foe at once, while mid acclaims
 The slaughtered braves should rise, crying, Saint James! Saint James!

Then, the day won, and its bright arbiter
Vanished, save for peace he left behind,
Each in his private bosom should bestir
His dearest dream: as that perchance there pined
Some lovely maiden of angelic mind
In those dark towers, awaiting out of Spain
Two Saviours that her horoscope divined
Should thence arrive. She (womanlike) were fain
Not to be wholly free, but wear a chosen chain.

That should be youth's adventure. Riper days
Would crave the guerdon of a prouder power
And pluck their nuggets from an earthly maze
For rule and dignity and children's dower.
And age that thought to near the fatal hour
Should to a magic fount descend instead,
Whose waters with the fruit revive the flower
And deck in all its bloom the ashen head,
Where a green heaven spreads, not peopled of the dead.

IV

By such false meteors did those helmsmen steer,
Such phantoms filled their vain and vaulting souls
With divers ardours, while this brooding sphere
Swung yet ungirdled on her silent potes.
All journeys took them farther from their goals,
All battles won defeated their desire,
Barred from one India by the other's shoals,
Each sighted star extinguishing its fire,
Cape doubled after cape, and never haven nigher.

How many galleons safied to sail no more,
How many battles and how many slain,
Since first Columbus touched the Cuban shore,
Till Araucania felt the yoke of Spain!
What mounting miseries! What dwindling gain!
To till those solitudes, soon swept of gold,
And bear that ardent sun, across the main
Slaves must come writhing in the festering hold
Of galleys. —Poison works, though men be brave and bold.

That: slothful planter, once the buccaneer,
Lord of his bastards and his mongrel clan,
Ignorant, harsh, what could he list or hear
Of Europe and the heritage of man?
No petty schemer sees the larger plan,
No privy tyrant brooks the mightier law,
But lash in hand rides forth a partisan
Of freedom: base, without the touch of awe,
He poisoned first the blood his poniard was to draw.

By sloth and lust and mindlessness and pelf
Spain sank in sadness and dishonour down,
Each in her service serving but himself,
Each in his passion striking at her crown.
Not that these treasons blotted her renown
Emblazoned higher than such hands can reach:
There where she reaped but sorrow she has sown
The balm of sorrow; all she had to teach
She taught the younger world – her faith and heart and speech.

And now within her sea-girt walls withdrawn
She waits in silence for the healing years,
While where her sun has set a second dawn
Comes from the north, with other hopes and fears.
Spain's daughters stand, half ceasing from their tears,
And watch the skies from Cuba to the Horn.
"What is this dove or eagle that appears,"
They seem to cry, "what herald of what morn
Hovers o'er Andes' peaks in love or guile or scorn?

"O brooding Spirit, fledgling of the North,
Winged for the levels of its shifting light,
Child of a labouring ocean and an earth
Shrouded in vapours, fear the southward flight,
Dread waveless waters and their warm delight,
Beware of peaks that cleave the cloudless blue
And hold communion with the naked night.
The souls went never back that hither flew,
But sighing fell to earth or broke the heavens through,

"Haunt still thy stormswept islands, and endure
The shimmering forest where thy visions live.

Then if we love thee -for thy heart is pure
Thou shalt have something worthy love to give.
Thrust not thy prophets on us, nor believe
Thy sorry riches in our eyes are fair.
Thy unctuous sophists never will deceive
A mortal pang, or charm away despair.
Not for the stranger's fee we plait our lustrous hair.

"But of thy lingering twilight bring some gleam,
Memorial of the immaterial fire
Lighting thy heart, and to a wider dream
Waken the music of our plaintive lyre.
Check our rash word, hush, hush our base desire.
Hang paler clouds of reverence about
Our garish skies: laborious hope inspire
That uncomplaining walks the paths of doubt,
A wistful heart within, a mailèd breast without.

"Gold found is dross, but long Promethean art
Transmutes to gold the unprofitable ore.
Bring labour's joy, yet spare that better part
Our mother, Spain, bequeathed to all she bote,
For who shall covet if he once adore?
Leave in our skies, strange Spirit passing there,
No less of vision but of courage more,

And of our worship take thy equal share,
Thou who wouldst teach us hope, with her who taught us prayer."

The Complete Poems of George Santayana
A Critical Edition William G. Holzberger Bucknell University Press
Cranbury, New Jersey. 1979

ESPAÑA EN AMÉRICA

(Escrito tras la destrucción de la flota española en la Batalla de Santiago, en 1898)

I

Cuando apenas los ecos de la Bahía de Manila,
Recorriendo los hemisferios ondosos y adormecidos,
Habían llegado donde la Armada española reposaba abandonada
Recluida entre hostiles colinas, y susurraban próximos
El doble presagio de quejido y aplauso—
La prisa por hacer ahora lo que debía hacerse después
O alguna loca esperanza de vender caro el triunfo
Lanzó a los barcos adelante: al poco cayeron Teresa,
Furor, Plutón, Vizcaya, Oquendo y Colón.

Y cuando la mañana siguiente alboreó serena
Sobre fuertes olas y montañas bordeadas de espuma, vestida
Como Neso en el lustre envenenado de su manto,
Apenas alguna mancha ígnea hacía suponer el lugar
Donde lentamente ardió cada casco; mientras de cresta en cresta
Hacia el Norte saltaban las nuevas de la victoria,
Victoria deslucida por una burda broma*
Aunque algo piadosa, por si el mar cruel
Ayudara demasiado al fuerte y no dejara enemigos.

Al igual que el alma afligida, que luchó por el último suspiro
Pasa al silencio desde su morada del dolor,
Así desde esos barcos hundidos, en humos de muerte fatal,
Pasó a la calma el hondo orgullo de España,
Pasó desde esa dolorosa residencia, casi de buen grado,
Otra vez a sus cerros almenados y a sus airolos páramos,

* El Almirante Sampson dijo que hacía el regalo, para el 4 de julio, de la flota española al pueblo americano, a pesar de que todos los barcos habían sido hundidos y ninguno capturado.

Sin ser ya zarandeada por el traicionero océano,
Antes altivamente suyo, que con sus acuosos señuelos
De siempre sedujo a sus hijos hacia sepulcros profanos.

II

¿Por qué acudió Colón a esa raza montaraz,
Frugal y pensativa, propensa al amor y a la cólera,
Que desprecia reinos por un rostro de mujer,
Por el honor, riqueza y por la fe el deseo?
Nieve había en el propio pecho de España, fuego en su interior;
Alegría en sus propios ojos y en su lengua sutil;
Lo eterno se cernía en sus cielos, desde donde, más próxima,
La triplicada huerte de estrellas aconsejaba a la tierra
Disipar su dolor y burlarse del valor de sus bagatelas.

¡Ah! Cuando el astuto Tirio llegó a España
Para cambiar por el oro sus abigarradas mercancías,
Pisando sus playas olvidó su ganancia,
El Semita se hizo noble sin pensarlo.
Pasión española latía en los crueles ruegos de Amílcar;
De su viento abrasador aprendió sus maldiciones Aníbal;
De las aflicciones y desesperanzas de España
Tejieron una estéril guirnalda para sus frentes.
A sus tristes puertos huyeron de las proas romanas.

Y el griego al llegar también olvidó su arte,
Y aquella gran templanza que le hacía sabio.
El prodigo de sus montañas ahogó su corazón,
La languidez de sus jardines veló sus ojos;
Soño, dudó; en sus cielos profundos
Leyó incomprendibles oráculos de infortunio,
Y, terco ante los destinos que le esperaban,
Como un estúpido bruto ante un enemigo humano,
Se hundió en las llamas de Sagunto creyéndolas así más luminosas.

El poderoso romano también cuando llegó,
Trayendo sus dioses, su justicia y su lengua,
Desdeñó su grandeza por una fama más triste,
Y lo que un César consiguió un Lucano cantó.
Ni la pompa de su música orgullosa, forzada
en números latinos, fue siquiera tan austera y horrenda,

Ni las tristes majestadas entre las que se movió fueron
Tan divinas como lo fue el deseo irrealizado de España.
¿Llegará el anhelo a romper el corazón sin desafinar la lira?

Cuando tras muchos conquistadores llegó Cristo,
Sin duda el único conquistador de España,
No fueron suficientes Belén ni el Gólgota
Para darlo a conocer, tuvo que sangrar cada relicario
Y escuchar cada pastor en sus vigilias
Los maitines de los ángeles cantando a las puertas del cielo.
Tampoco pareció la Virgen Madre del todo libre
De la mancha del mal si nació de unión carnal,
Hubo de resplandecer reina de serafines, y ascender inmaculada.

Y cuando el árabe desde sus ardientes arenas
Surcó las aguas cual celestial mayal,
Tomó el laud español en sus manos conquistadoras
Y en la medianoche hispana se tornó ruiseñor.
Con trenzadas celosías y delicadas columnas
Protegió los agradabes secretos de su enrámada,
Mas de poco pudieron servir sus artes más sutiles
Contra la bruta arremetida de Giaor.
La rosa abandonó sus cortes, el muecín su torre.

Sólo una imagen de su sabiduría permaneció,
Un único vestigio de su ciencia mágica,
Alá el Grande, a quien el callado sino obedeció,
Más sosegado que Jehová y aún más oculto,
Alá permaneció en el núcleo fraternal del corazón español
Testigo importante de estos terrenales cambios del mal.
En su antiguo silencio ella pudo verter.
La fragilidad de sus pasiones –sólo él es fuerte–
Y salmodiar con prolongado gemido el estribillo de su canción.

Cogiendo en Covadonga la tosca cruz
Se levantó Pelayo entre sus montañeses,
España la llevó hasta Granada, la perdida de un día
Rescatada con batallas de mil años.
Una nación nacida en armas, alimentada de lágrimas,
Bautizada con sangre e instruida en el sacrificio,
Todo por una más dulce música celestial,
Todo por un cielo pintado –A ese precio

¿Debió abandonar sus amores y navegar hasta las Indias por esencias?

¿No tenía Génova en sus palacios comerciantes
Acogida para un hijo con inspiración celestial?
¿No tenía Venecia, señora de los mares interiores,
Barcos para tan atrevida empresa? ¿Ni Pisa?
¿Estaba la saciada Roma contenta? ¿Su misión cumplida?
No percibió Lusitania en sus sueños marinos
Ningún flotante presentimiento, que la atrajese
Hacia vastos horizontes, dorados aún con destellos
De la antigua Atlántida, sumergida bajo burbujeantes corrientes?

O, si alguna indiferencia había al sur,
Hipnotizado por la fuerza de recuerdos sublimes,
¿No moraba ningón astuto principillo por las marismas
Del Escalda, o por las muchas embocaduras del Rin?
¿No estaba Albión al ancla en el Océano .
Cuyo trono había robado ahora el ahorrativo Tudor
Cambiando la noble vía por la de la astucia?
¿No andaban los Nórdicos incluso rondando el Polo,
Buscando entre incansables brumas puertos nuevos para el alma?

Éstos, Colón, debieran haber sido tus compañeros
Patrocinadores y socios de tu empresa,
Tristes amantes de incommensurables mares,
No ligados a tierra santificada, ni a poblados cielos.
No les llegaría rayo alguno de los ojos de sus damas
En desiertos occidentales. Ninguna rima pura de juglar,
Resonando en las soledades del bosque, sorprendería
A sus corazones con nostalgia de un clima más suave.
Éstos, éstos debieran fundar un mundo que no arrastre cadenas del tiempo.

En realidad locura habría parecido, revelarle
Al obstinado Aragón, y de mal augurio,
Estas arriesgadas esperanzas, locura a la apagada Castilla
Atrapada en celosa fe y amurallada de orgullo,
A menos que esas ideas, relacionadas con nuevas hazañas de España
Anunciaran nuevas conquistas cristianas, y su mano
Anhelara esa espada, que ahora pendía al costado,

Y que echó a los musulmanes y purificó la tierra.
Y entonces tuvo un sueño que su corazón podía comprender.

III

Tres carabelas, una cruz sobre la proa,
Una extensa cruz sobre la bandera y la vela,
Surcando los líquidos campos de Héspero
Llevadas por las olas y la tempestad.
Ante ese signo todas las fuerzas infernales se amedrentaban
Agitando el piélago: ni obscena cresta de dragón,
Ni viscosos anillos de serpiente tenían nada que hacer,
Hasta que ciudades de marfil asomando por occidente
Destellasen desde la elevada Catay o la bendita Arabia.

Luego, mientras con porte noble y gallardo
Los Capitanes saltaban a tierra desde las galeras.
O por la escalera de alabastro del templo
O por el margen de arena plateada del río,
Descendían orgullosos sultanes con mano extendida
Saludando a los extranjeros, e informados por ellos
De la redención de Cristo y del mandato de la Reina,
Y bautizados con regocijo y gratitud,
Prodigaban preciados regalos ideados por el más raro arte.

O si (puesto que hay patanes) ponían pegas
A algún minúsculo punto de lealtad o de fe,
Un paladín, armado de la cimera a la espuela,
Desafiaba a muerte a los orgullosos miserables
Y, derribándolos uno a uno, de sus últimas bocanadas
Exigía confesión de que el Señor es señor
E Isabel, la reina Católica de las Indias.
Con lo cual aquellas tribus de turbante, de común acuerdo,
Habían de golpearse sus paganos pechos y abrir el cúmulo de sus tesoros.

O, si aconteciera lo peor y las subidas discusiones
Acabaran en insultos y hechos injuriosos,
Y asesinados violentamente muchos cristianos, sus compañeros
Clamarían al cielo ante su calamitosa adversidad
Y súbitamente, desde las nubes, un corcel blanco como la nieve
Portando un deslumbrante jinete envuelto en llamas

Entraría en el combate: con suma rapidez
Derrotaría en seguida a todos los enemigos, mientras entre aclamaciones
Los valientes sacrificados se levantarían, gritando, Santiago, Santiago.

Luego, al vencer el día, su brillante árbitro
Desaparecería, salvo por la paz que dejaba tras de sí,
Cada uno en lo hondo de su pecho alimentaría
Su sueño preferido: como si por ventura allá encerrada
Alguna doncella encantadora de alma angelical,
En aquellas torres oscuras, esperara de España
Dos redentores que su horóscopo adivinó
Que de allí vendrían. Ella, femenina, estaría dispuesta
A no estar libre del todo, sino con una cadena elegida.

Eso sería una aventura juvenil. Los tiempos más maduros
Reclamarían la recompensa de un poder más glorioso
Y recoger las pepitas de un laberinto terrenal
Por norma, dignidad y dote filial.
Y la edad que se cree más próxima a la hora fatal
Preferiría más bien descender a una mágica fuente,
Cuyas aguas con el fruto resucitaran la flor
Y adornaran en toda su lozanía la grisácea cabellera
Donde se extiende un cielo verde, libre de muertos.

IV

Ésos fueron los falsos meteoros que guiaron a aquellos timoneles,
Ésos los fantasmas que llenaron sus almas vanidas y saltarinas
Con fervores diversos, mientras esta esfera flotante
Oscilaba aún sin ceñir sobre sus callados polos.
Todos los viajes les llevaron más allá de sus objetivos,
Todas las batallas ganadas frustraban sus deseos,
Excluídos de una India por los bajíos de la otra,
Extinguiéndose el fuego de cada estrella divisada,
Doblando cabo tras cabo y jamás próximos a puerto.

¡Cuántos galeones zarparon para no volver,
Cuántas batallas y cuántos muertos,
Desde que Colón tocó primero la costa cubana,
Hasta que Arauco sintiera el yugo de España!
¡Qué cúmulo de sufrimientos! ¡Qué menguante beneficio!

Para labrar aquellas soledades, pronto barridas de oro,
Y soportar aquel sol ardiente, por alta mar
Deben llegar esclavos atormentados en las bodegas inmundas
De las galeras —El veneno actúa, por valientes y audaces que sean los
hombres.

Ese plantador perezoso, bucanero una vez,
Señor de sus bastardos y de su clan mestizo,
Ignorante, cruel, ¿qué podía él listar u oír
De Europa y del patrimonio de la humanidad?
El nimio conspirador no comprende el plan más amplio
Ni el tirano privado aguanta la ley más fuerte,
Pero, látigo en mano, domina al partidario
De la libertad: infame, sin una pizca de temor,
Envenenaba antes la sangre que después su puñal derramaría.

Por pereza y luxuria y estupidez y dinero
Se hundió España en la tristeza y el deshonor,
Cada servidor sirviéndose a sí mismo,
Cada cual con su cólera, golpeando a la corona.
No es que estas traiciones desacreditaran el nombre de España
Engalanado por encima de su alcance:
Allá donde no cosechó más que tristeza ella había sembrado
El bálsamo de la tristeza; todo cuanto tenía que enseñar
Se lo enseñó al nuevo mundo —la fe, el valor y la palabra.
Y ahora, replegada tras sus muros de mar ceñidos
Espera en silencio a la curación del tiempo,
Mientras donde su sol se ha puesto, un segundo amanecer
Surge desde el norte, con otras esperanzas y temores.
Las hijas de España se ponen en pie, suspendiendo a medias el llanto,
Y observan los cielos desde Cuba hasta el Cabo.
“Qué paloma o águila es ésta que asoma?
Parecen gritar, “¿Qué heraldo de qué alborada
Se cierre sobre los picos de los Andes por amor, maña o desdén?

“Oh espíritu pensativo, joven avecilla del norte,
Enviada a volar por los planos de su cambiante luz,
Hijo de un océano laborioso y de una tierra
En vapores envuelta, teme el vuelo hacia el sur,
Horrorízate de las aguas tranquilas y de su cálido deleite,
Guárdate de los picos que hienden el azul sin nubes
Y comulgan con la noche desnuda.

Las almas que acá no tornaron jamás,
Cayeron suspirando a tierra o descubrieron el cielo.

“Frecuenta aún sus tormentosas islas, y soporta
La trémula floresta donde habitan tus visiones.
Entonces, si te amamos, —porque tu corazón es puro—
Algo tendrás que ofrecer digno de amarse.
No nos impongas tus profetas, ni creas que
Tus tristes riquezas son gratas a nuestros ojos.
Tus fervorosos sofistas jamás podrán sedar
Un sufrimiento mortal ni disipar la desesperanza.
No es para el forastero para quien trenzamos nuestra lustrosa cabellera.

“Pero de tu prolongado ocaso extrae algún destello,
En recuerdo del fuego inmaterial
Que ilumina tu corazón, y hacia un sueño más amplio
Despierta la música de nuestra lastimera lira.
Controla nuestro precipitado verbo, chiss, acalla nuestro bajo deseo.
Tiende nubes de reverencia más claras sobre
Nuestros llamativos cielos: la difícil esperanza mueve
A que, resignado, recorra las sendas de la duda,
Un corazón triste por dentro, un pecho armado por fuera.

El oro descubierto es escoria, pero el arte Prometeico siempre
Trasmuta en oro la mena inútil.
Trae la alegría del trabajo, pero conserva esa mejor parte
Que nuestra madre, España, legó a cuanto produjo,
Pues, ¿codiciaría aquel que una vez adoró?
Deja en nuestros cielos, Espíritu extraño que por allí pasas,
No menos sueños, pero algo más de valentía,
Y de lo que veneramos, toma tu parte igual,
Tú que quisiste enseñarnos la esperanza, con ella que nos enseñó la
oración”.